

Mesa redonda

En febrero de 1988 leí el texto que, como Tesis Doctoral, acompañó a mis cuadros en un empeño de juntar para el evento obra y teoría. La titule *Pintura y Espacio: una experiencia personal* y fue dirigida por el Dr. José Milicua. La presenté en la Facultad de Bellas Artes de Barcelona. Las obras expuestas y la lectura se realizaron en mi taller de pintura de la Facultad y no en el recinto más sagrado del "Aula Magna". Me pareció y pretendía con ello no moverme del terreno que me era idóneo. Es decir: mantuve como una expresa voluntad de que mi trabajo y mis palabras se situaran en un espacio más querido, más próximo, en el que el "desorden" del taller y el olor a pintura y disolventes fueran, como en realidad son, también protagonistas de una realidad académica. También fue así porque creo que la práctica de la pintura, por ser realmente mi propio reflejo, sin trampas dialécticas ni ambigüedades, por el hecho de ser la obra que yo escogí hacer y en la que, por ello mismo, deberé correr mis propios riesgos; por el hecho de ser, en fin, mi propia verdad, ha de ser –o así tengo que creerlo– mucho más válida que mis propias palabras, palabras habitualmente más generadas en palabras sobre palabras, en retóricas o bien en el querer explicar y, a menudo justificar, unas realidades otras "descubiertas" en la especulación artística la reflexión de la cual será siempre la misma práctica pictórica.

Esta fue una Tesis creo que nada ortodoxa –no atendió a las metodologías al uso en el contexto universitario– pero que en mis años de profesor en la Facultad defendí con pasión la posibilidad de que el artista-profesor defendiera y desarrollara su propia teoría, en su doctorado, a partir de su propia obra.

Ahora, estos días, al sentir el "trágala" de enfrentarme con vosotros, invitado a ésta Mesa Redonda por la Asociación de Críticos de Arte de Murcia o sea, con la crítica, con la teoría, con la palabra, me he visto obligado a repasar ese texto y como que ya se publico en el catálogo de mi exposición *Espacios de silencio* en el Reina Sofía, el año 1993 (ese texto, con gran sorpresa mía ha dado pautas a críticos, filósofos o escritores que han escrito sobre mi obra –Miguel Fernández Cid en el mismo catálogo del Reina, Mariano Navarro en un escrito reciente para una exposición en Soledad Lorenzo o Arthur G. Danto en su ensayo en el catálogo del MACBA, entre otros– me he visto obligado a añadir, o así lo intentaré, o a repasar los avatares en que mi trabajo se ha desarrollado a partir de entonces, de esos diez años últimos, años en los que entiendo me he ido moviendo con una mayor libertad, con esa mayor libertad que puede dar esa que casi diría especie de "desfachatez" en la actitud frente al cuadro cuando, sin duda, los

años y lo aprendido te empujan a un no querer saber para intentar recuperar la inocencia de lo no sabido.

Mi obra se ha desarrollado desde que tengo conciencia de ser yo mismo con muy pocos elementos –materiales y de concepto- con muy poca iconografía. Ha sido, para decirlo de alguna manera, la misma pintura, la misma pasta de la pintura, la misma materia en su diálogo con el soporte y la dimensión del lienzo la que ha ido señalándome los caminos a seguir. De ahí que el óleo –por su pastosidad, su sensualidad, su otra transparencia, su tiempo lento de secado, su forma de “penetrar” en las distintas capas siga siendo mi material. Esos caminos, si realmente es así, los he ido encontrando en el diálogo que siempre intento mantener con el cuadro. Como en una partida de frontón –valga el símil- yo le doy y el cuadro me da, me señala, me enseña, corrige o no ese punto de arranque, ese primer pensamiento a partir del que va a desarrollarse la obra y cuando aparecen los fantasmas de la duda, lo demasiado sabido o los tiempos de autocomplacencia tendré que ser riguroso para intentar saber mantener esa tensión necesaria que le pido siempre a la pintura. Diría que cuando hay tensión es que hay necesidad y no hay, por ello, repetición.

No sé si los conceptos que estoy manejando, sensualidad o tensión, densidad o belleza, siguen siendo vigentes, pero por mi formación, por mis años, por mi trabajo y por que lo creo así, siguen siendo aún para mí conceptos que sin ser medibles si me son necesarios puesto que sin ellos la pintura puede quedar siendo solamente una imagen sin esa otra necesidad de ser “mirada” en su realidad, diría que total, como pieza única e inmóvil que es y por lo cual no reproducible.

Me quedo, me he quedado pues, en lo que creo es mi mundo: ese binomio de manualidad y pensamiento, como visión humana de lo hecho a mano.

Joan Hernández Pijuan

Murcia, 2002